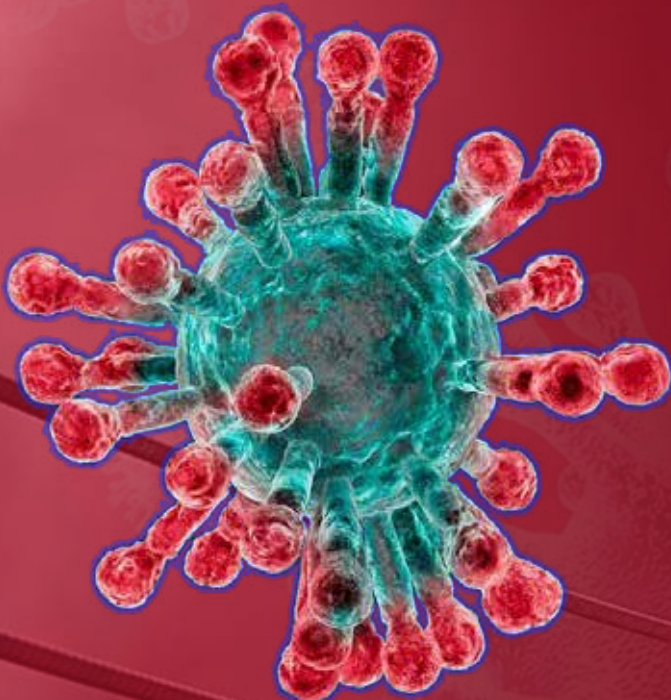


CONCURSO CRÓNICAS DE UN VIRUS SIN CORONA



Erika Selene Pérez Vázquez

Angélica Santa Olaya

Brayan Aranda

Héctor Ríos González

UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

Cultura
UACM

PUBLICACIONES

RESULTADOS DE LA
OCTAVA CONVOCATORIA

El jurado del concurso semanal de crónicas «UN VIRUS SIN CORONA», conformado por Luis Armenta Malpica, Alina Dadaeva y Juan Manuel Valero Charvel, después de leer 39 trabajos, acordó premiar los siguientes textos concursantes:

Primer lugar: «Sentarse en el avión XX-8888»,
de Erika Selene Pérez Vázquez.

Segundo lugar: «Al otro lado de la tristeza»,
de Angélica Santa Olaya.

Tercer lugar: «¿No oyes la puerta?»,
de Brayan Aranda.

Mención honorífica:

«El miedo», de Héctor Ríos González.

El jurado hace notar que los trabajos seleccionados manifiestan su preocupación por el COVID-19 y las consecuencias de la pandemia empleando distintas técnicas literarias y recursos narrativos, así como elementos ensayísticos que suelen entrelazar con la ficción. Del mismo modo acusan una perspectiva analítica que enriquece el mero acto de contar cronológicamente o de asentar un discurrir cotidiano.

Atentamente

Alina Dadaeva, Juan Manuel Valero Charvel
y Luis Armenta Malpica

Ciudad de México, 19 de agosto, 2020.

Crónicas de un virus sin corona

Erika Selene Pérez Vázquez

Angélica Santa Olaya

Brayan Aranda

Héctor Ríos González

Ganadores de la octava convocatoria

UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

Cultura
UACM


PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

RECTORA

Tania Hogla Rodríguez Mora

SECRETARIO GENERAL

Sebastián Ibarra Rojas

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL
Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Marissa Reyes Godínez

RESPONSABLE DE PUBLICACIONES

José Ángel Leyva

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

DIFUSIÓN CULTURAL Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Dr. García Diego, 168,

col. Doctores, Alcaldía Cuauhtémoc,

06720, Ciudad de México

Primer lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Octava convocatoria

Sentarse en el avión XX-8888

Erika Selene Pérez Vázquez

19:22 pm recién se preparó un café y vio en las noticias, que una aerolínea Star Lux de Taiwán vendía boletos a 160 dólares para ir a ninguna parte y que curiosamente en menos de una hora se habían vendido todos los boletos.

Ir a ningún lado, reflexionó, ¿cómo alguien paga boletos para ir a ninguna parte? Ya estamos varados en ningún lado, desde hace varios meses.

Imaginó, cómo sería viajar a «ningún lado», de pronto la pasividad de Bartleby, se había apoderado de tantos, que además del encierro, querer ir a ningún lado era un deseo, como luz de arbolito de navidad.

Pero cuántas veces antes de la pandemia, varios habíamos querido ir a ningún lado para escapar de algo, por ejemplo,

de una cita, de una charla aburrida o de una fiesta, pensó. ¿A dónde quieren escapar hoy en día las personas? Ir de la isla de ningún lado a otra de ninguna parte.

¿Qué hay en esa otra isla? Quizá la sensación de partir de un lado a otro, donde tampoco se va a ningún lado como en un viaje eterno, circular como constante, pensar que allá y no aquí está el paraíso del «algo».

A veces, reflexiona ella y no otra, que cuando se siente algo decimos: siento algo por, o sentí algo en, ¿será que nunca alcanzamos eso? y en el viaje se pretende alcanzar eso que siempre es distancia, es el atleta del acontecimiento decían los padres del desierto en pleno S. IV, lo que solamente aquí se encuentra es el instante.

La línea del tiempo se ha borrado, ahora no hay futuro, los días se repiten, pero sí hay viajeros, al menos esos son los que compraron el boleto en Taiwán, es la sensación que alcanza al otro, le toca el hombro, la añoranza que corre y hay que ejercitarse para alcanzarla.

El café se había enfriado, el tiempo se había recorrido, aunque parecía que era parte de la misma cinta de casete,

ahora había que calentar como cinta de moebius el mismo café para hacer otro espacio sobre la misma línea de tiempo para tomarlo.

Recordaba una frase que anotó de algún libro, en la pared del baño y era algo así como: «Lo que interpretamos siempre son las mismas cosas». Quizá sería como una especie de premonición, un recado del pasado al futuro, sí es que eso existía, la pandemia ya ha durado tanto que quizá siempre hubo pandemia, pensó.

Has notado que pasó de largo la primavera y el verano ¿Y si nunca llega el invierno? le dijo a su gato, ¿Y si los verbos paran a la escucha del sentido?, y ¿si nunca más visitamos a alguien? ¿Qué otras cosas no haremos?

Del verbo visitar, ¿ya nadie me visitará? ¿seremos islas que no van a ningún lado? Es entonces que nos escribiremos cartas llenas de palabras para tratar de alcanzar-nos.

En la antigüedad cuando alguien, un peregrino llegaba a una ciudad y lo acogían en casa ajena, al final como parte de esa hospitalidad, partían en dos una tabilla del recuerdo, que durante generaciones les recordaría aquel aconteci-

miento, cada uno guardaba esa mitad de ese completo para algún día volver a juntarlas, visitarse, era una manera de alcanzarse.

Regresando a la idea de las cartas, como riéndose dijo: los dedos escribirán ruidos, ruidos y más ruidos para recordar al otro la existencia.

Los ruidos como esos que escuchaba Butes en la barca antes de tirarse a la musicalidad del universo, nos hemos quedado sentados en la barca con los tapones de cera y los ojos vendados. Tocó con el borde de los labios el café caliente sin azúcar, el gato miraba de reojo como avistando el gran salto.

El casete de Dave Brubek se había enredado, el oído como cuenco enfático, a veces sola hablaba en voz alta, por ejemplo para ver si existían las cosas o si todavía podía pronunciar palabras que hace mucho no escuchaba. El mundo se había reordenado, las mismas luces prendidas a las mismas horas, los vecinos como postal en los balcones en el encierro del ninguna parte.

En la noche, la mirada buscaba las esquinas de lo que el edificio de enfrente dejaba ver, el paisaje, el de gas a veces, entre noches pasaba el organillero como recordando tanto de ese otro mundo donde todavía no se había roto esta pequeña isla.

La fisura del mundo dejaba entrever el movimiento del pasado, todas las mañanas veía como hasta las hormigas viajaban mucho más, iban de un lado a otro, en el vaivén del hacer. Ahora todo parecía inútil, pero no era tan malo.

También no moverse parecía buena idea, para entender la idea de vibración y oscilación y todas las ideas sobre el universo, pensaba en aquel libro que nunca leyó de Galileo y que nunca iba a leer.

Transitar el cuerpo en el reposo, evocar como sahumero toda las ideas locas sobre el cuerpo en el asfalto, en movimiento, pero ahora como pájaros. Los sentidos se reordenaron, así como los sentimientos, ¿cuántos síntomas aparecieron como manifestación del parar?

Como náufragos en medio de la carretera, el espacio se transfiguró confirmando nuestra propia representación, lo

leí en twitter, dijo en voz alta como si alguien en ese departamento enorme la escuchara, es el verbo compartir, que la hace resonar en murmullos todas las noches. Y pensó que no era tan mala idea comprar uno de esos boletos a ningún lado.

Segundo lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Octava convocatoria

Al otro lado de la tristeza

Angélica Santa Olaya

Hoy es martes y, como cada semana, se pone el tianguis en la calle de atrás. La marchanta de los aguacates tiene una voz peculiar y potente que se escucha hasta acá, por la ventana abierta de mi recámara, aun habiendo una cuadra de por medio. Es bajita, sonrisa morena de extrovertidos dientes y cejas negras y tupidas bien plantadas por encima del lunar que adorna su mejilla. Su voz es muy aguda y ella es muy ingeniosa. «No compre betabel porque le arruga la piel, mejor compre aguacate que lo tengo de remate», gritó una vez mientras yo le compraba. Pero igual se inventa pregones distintos aludiendo, incluso, a la clientela que, fortuitamente, pasa frente a su puesto. Es pizpireta y muy simpática. Cuando me acompaña mi hijo a la compra, un joven de 28

años alto y bien parecido, lo alburea y lo trata bonito: «A ver mi rey, prueba el guacamole que está rete bien bueno», dice, coqueta, bajando el tono estrepitoso de su voz mientras le acerca a la cara el totopo rebosante y una cumbia suena en su vieja grabadora: «Pedacito de mi vida, te quiero tanto... Pedacito de mi vida, ¡ay amor!...» Un día, la marchanta no vino a vender, estaba su esposo atendiendo. Llegó una señora y, tentaleando los aguacates, dijo: «Se extraña a la marchanta...» Y el esposo contestó: «Porque no la oye todos los días»... Y todos, puesteros y clientes, nos carcajamos.

Amo mi tianguis. alguna vez, mientras almorzaba en «Los de América», se soltó un aguacerazo. Fuerte, frío y con un viento constante, impasible. Todos nos refugiamos bajo los techos de los puestos, pegaditos unos a otros, como cerillitos en una caja dándonos calor y protegiéndonos del agua. Pero los techos de plástico comenzaron a acumular agua y comenzaron a circular los palos de escoba para picar las lonas y desaguarlas o todos terminaríamos con lonas y lluvia encima. Cada vez que alguien, en algún puesto, desagaba el techo, el agua caía repentinamente por algún sitio o esquina

imprevisible. Y todos, instintivamente, apretábamos el mué-
gano de gente. Y, al instante, nació un grito alto y jubiloso de
muchas voces: «¡Woouooooooooowwwww!»... Como en los
estadios, cuando se hace la ola, mientras el agua caía en cas-
cada mojándonos las piernas y los pies. Y luego la carcaja-
da general. ¡Woouooooooooowwwww! por aquí y por allá. Y las
carcajadas de los que escuchaban el ¡Woouooooooooowwwww!
al otro lado del tianguis porque veían sin ver lo que esta-
ba pasando. Y porque a los pocos segundos estarían, tam-
bién, gritando su propio ¡Woouooooooooowwwww! Y así, ese
día, el tianguis se convirtió en una fiesta de gente mojada
y feliz. Amo el ánimo entusiasta y desmadroso de mi gente.
Amo sus gritos, sus carcajadas abiertas como alas que vuelan
sin importar el mal tiempo. Amo su alegría y su desfachatez
para mostrar las emociones. Y AMO, con mayúsculas, su
capacidad de reír y sobrevivir a bocajarro.

Hace tres meses no voy al tianguis porque no me dejan.
Los hombres de mi casa me cuidan porque últimamente
he estado hipertensa y ellos se encargan de la compra en el
tianguis. Yo me conformo con escuchar el repiqueteo de los

tubos al chocar y el bullicio de los puesteros instalándose en las mañanas o recogiendo su menaje a las cinco de la tarde. Dejaron de venir el primer mes de la cuarentena y los extrañé mucho. Me alegra escuchar el sonido de su trajinar desde mis ventanas. Pero hoy sucedió algo inesperado. Mientras comíamos, aderezando con los aguacates de la marchanta, se escuchó un mariachi. A veces al tianguis lo acompaña una marimba, o un trío norteño o algún cantor huasteco. Esta vez había un mariachi y era insólito debido a la cuarentena. Pero los mexicanos somos así, impredecibles y voluntariosos. Comenzaron a sonar las notas de «El rey»: «Con dinero y sin dinero yo hago siempre lo que quiero, y mi palabra es la leeeey...» Una agridulce mezcla de emociones inundó mi garganta. La necia obstinación de mi gente en cantar, a pesar de los pesares, como una caricia. Y, al mismo tiempo, un pensamiento arañándome la sonrisa: «Como si no hubiera gente muriendo». Cruzaron las palabras, veloces en una ráfaga helada, congelando mi alegría. Y me puse a llorar, sin poder tragar el bocado que tenía en la boca, pensando en todos los que, en ese mismo instante, sufrían, en

alguna cama de hospital o solitaria banquetta, con el maldito bicho mientras yo sonreía comiendo aguacate y escuchando mariachi.

Todos tenemos derecho a ser felices de la mejor manera posible en medio de esta situación. Alegrarnos con la voz tipluda de algún merolico, con el silbato del afilador rompiendo el silencio sepulcral de la calle desierta o con el pregón de los «Tamales oaxaqueños, tamales calientitooooos...» Y saber, así, que el mundo sigue moviéndose. Pero también tenemos derecho a la tristeza y a la zozobra y a cualquier emoción que nos mueva el corazón diciéndonos que aquí estamos y que sentir es parte de estar vivos, aun. Y sé que, sin importar el tamaño de la oscuridad que hoy amenaza nuestros días, México sobrevivirá. Estoy segura de eso. ¿Yo?, no lo sé. Estoy en la frontera de la edad más vulnerable. Pero ahora mismo, allá afuera, al otro lado de la tristeza, necea el sol. Un sol tibio que disfruto a sorbos pequeños mientras bebo café. Un sol hermoso y brillante, terco, desparpajado, como las amadas risas de mi gente.

Tercer lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Octava convocatoria

¿No oyes la puerta?

Brayan Etiane Aranda González

La discusión comenzó cuando un extraño me gritoneó por la ventana de la sala:

—¿No oyes la puerta?! —reclamó alebrestado.

—Estoy en cuarentena. ¿Qué se le ofrece? —respondí molesto.

—Nada, únicamente necesito platicar... Llevo horas tocando.

Pensé que sólo era un predicador que violó el confinamiento (había visto que bendecían desde el cielo, mas no imaginé que también fueran casa por casa). Accedí al diálogo y oculté mi cerveza por cortesía; tenía días sin interactuar con gente.

—Me encantaría mandarlo al carajo, pero estas cuatro paredes concentran prohibición.

—¿Cuatro? ¿Y las otras dos? Nunca he creído en la libertad, como Schopenhauer: el concreto más pesado es color piel.

—Bueno, esta soledad sí es voluntaria.

—Ni siquiera la vida lo es.

Maldita sea, sí era un creyente... pero de Heidegger. Y, la verdad, siempre aborrecí toda esa pedantería filosófica. Estaba indispuesto a ser su costal de persuasión.

—Mejor váyase. Quédese en casa. Se contagiará.

—Deberías ver el mundo afuera. Hay personas decididas a morir de pulmonía atípica, no de hambre. Las cuarentenas son desiguales.

—Mire, yo prefiero perder el tiempo de otra forma. Odio la política.

—La vida y la muerte están politizad...

—¡Lárguese de aquí! —lo interrumpí.

Intenté dar media vuelta. Sin embargo, comencé a disfrutar lo banal de la pelea. (Ese sorbo de absurda cotidianidad me supo a gloria). Entonces, cedí.

—¿Qué pretende con todo esto?

—Que vengas o me dejes pasar.

—La distancia es responsabilidad.

—¿Distancia? Es tu pretexto. Sabes que el coronavirus no es la razón por la que Ella no se deja encontrar. Te ha abandonado, porque tus errores son más grandes que una pandemia mortal.

Sentí rabia por su burla. Impulsivamente, le lancé mi cerveza directo a la cabeza: el vidrio se trozó. Aunque... él desapareció con el golpe. Olvidé por completo que vivo en un segundo piso; que en la sala no hay ventanas, sólo espejos.

Mención honorífica en el concurso de
Crónicas de un virus sin corona, de la UACM.

Octava convocatoria

El miedo

Héctor Ríos González

El hombre está parado en la cornisa del hospital. Entre sus pies y el suelo hay tres pisos de por medio. Mira hacia abajo con cautela, su cuerpo está engarrotado. El calor de la tarde de primavera aprieta, confunde, encoleriza. Sin quitar la vista del piso, lento, muy lento, da un pequeño paso a la izquierda. Otro más. Parece que vacila. Alguien desde el pavimento alza los brazos y con las palmas de la mano agitadas le pide no saltar. Pero la mirada del hombre —robusto, moreno y con unas ridículas pantuflas blancas— está en otra parte. Tal vez en el aciago día en que le informaron que había dado positivo a la prueba de Covid-19, la que se le aplicó en el Hospital Regional de Tula, Hidalgo. Ahí le

comunicaron que, pese a presentar hipertensión, diabetes e insuficiencia respiratoria, se consideraba un paciente no grave, por lo que sería dado de alta en un par de días.

Sin embargo, el hombre de 52 años, identificado por la prensa con las iniciales de J.L.Z.M., tomó otra decisión: lanzar el cuerpo hacia el frente, estirarlo, volar. Quizá, cuando sintió la resistencia del aire en su rostro, escuchó lejanos los alaridos de espanto de los testigos que grababan con sus teléfonos.

En segundos, un golpe seco terminó con la caída.

Pese a lo trágico de la situación, este caso no es el único. La escena se replica el 26 de mayo de 2020, en el Hospital Regional General del IMSS de Orizaba, Veracruz. Según el diario Reporte Índigo, Ceferino «N», cordobense de 61 años y paciente ingresado en el área para enfermos de Covid-19, se lanzó desde el quinto piso por la ventana de la habitación. Su cuerpo quedó tendido en el estacionamiento.

Un episodio similar se suscita en Acapulco; en el hospital El Prado un hombre con síntomas de Coronavirus se lanza desde el segundo piso hacia la muerte; en la Ciudad de Mé-

xico un joven contagiado por la Covid-19 intenta arrojar desde la azotea del Hospital General Enrique Cabrera, esta vez, sin embargo, elementos de la Secretaría de Seguridad Ciudadana se lo impiden.

La llegada del Coronavirus despertó un miedo que se pensaba domado por la ciencia, la tecnología y, sobre todo, por la maquinaria mercantil de la industria farmacéutica. No obstante, ningún *vademécum* pudo frenar la lluvia de cuerpos que empapó al mundo de incertidumbre. El miedo cerval, ese que se pensaba compañero exclusivo de malhadados tocados por la demencia, el pánico o la hipochondría, ahora se volvía el inquilino incómodo de nuestros pensamientos. Desde que el mortal virus salió amotinado del mercado de animales exóticos de Wuhan, en China, de donde se cree que surgió la infame pandemia, el terror fue la pesadilla recurrente del ser humano. Basten las palabras de Wei Guixian, el primer caso reconocido por las autoridades de aquel país, para ilustrar la magnitud de la zozobra: «el médico dijo que la enfermedad que padecía era desconocida y despiadada».

Con el virus se propagaron las obsesiones más irracionales: un lavado insistente de manos que emulaba a Lady Macbeth, un desmedido apremio por recluirse en un lugar seguro y una desconfianza permanente por el cuerpo del otro, estuviese enfermo o no. La higiene, el encierro y la sospecha se volvieron una disciplina, una vigilancia, una forma de control.

El Coronavirus también desató la infodemia que, con su invasión de noticias falsas, poco fiables o maliciosas, alimentó la angustia y la desazón. El mensaje del miedo incendiaba la razón para dejar en su lugar el delirio pues, el miedo, este miedo al contagio, a la enfermedad, a la muerte, acepta comportamientos que de otra manera no se hubieran aceptado.

En este escenario hubo conductores de noticieros nocturnos desmintiendo y ridiculizando el trabajo del subsecretario de Salud, Hugo López Gatell. Javier Alataorre, titular del noticiero Hechos, mencionó que: «Sus cifras y sus conferencias ya se volvieron irrelevantes. Es más, se lo decimos con todas sus palabras, ya no le haga caso a Hugo

López Gatell». Por otro lado, rechazando el confinamiento nacional, el empresario Ricardo Salinas Pliego se opuso a las medidas de distanciamiento social y la suspensión de actividades, principalmente en sus negocios. Argumentó lo siguiente: «Nuestro país enfrenta un momento de retos, ante el cual todos estamos llamados a sumar esfuerzos en lo que nos corresponde...Hoy, más que nunca, México nos necesita.»

Ya enfebrecido por el discurso patriótico afirmó que: «el miedo es muy mal consejero y hoy nos han metido a todos el miedo a morir por el virus», para rematar con un «no moriremos, pero sí de hambre». Para Salinas Pliego, el segundo hombre más rico de México (sólo por detrás de Carlos Slim) y, de acuerdo con la lista de Forbes 2020, poseedor de una riqueza que asciende a los 11, 700 millones de dólares, «la vida tenía que continuar».

Ante estas circunstancias resulta inevitable recordar el ensayo de Naomi Klein, La doctrina del shock, cuya tesis se centra en los impactos en la psicología social a partir de desastres o contingencias. La conmoción y el desconcierto

sufrido por la población son aprovechados por las políticas de libre mercado para imponer reformas impopulares.

Quizá, pensando en lo oportuno de estas ideas, algunos empresarios y ciertos gobernadores consideraron que las medidas de salud no deberían parar la economía, pues «el caos podría reinar».

De nueva cuenta aparecen los discursos del miedo (o el del shock que paraliza) atentan, controlan y moldean el comportamiento de los individuos.

Las conductas de éstos, sin embargo, en algunos casos rayan en el dislate.

Tomemos estos ejemplos. En cuanto se informó que la pandemia del Coronavirus avanzaba, se observaron tumultos belicosos para obtener el mayor número de papel higiénico de los estantes de los supermercados (estampa escatológica a flor de piel); saqueos en tiendas de autoservicio y departamentales por parte de multitudes que se decían hambrientas (aunque los principales productos robados fueron los electrónicos y las bebidas alcohólicas); en sus ya habituales disparates, el presidente Trump sugirió tratar el

coronavirus con una inyección de desinfectante o con la luz solar.

Visto de este modo, pareciera que el coronavirus no es sino un carnaval disfrazado de colorida pandemia y novelada por la pluma de Giovanni Boccaccio.

Por desgracia, los efectos biopsicosociales del Coronavirus en los habitantes de esta pesadilla dicen lo contrario. Una mujer de 55 años que presentó un cuadro de la Covid-19, tras ser dada de alta, decía ver leones y monos en su casa y aseguraba que alguien la perseguía. No, no se trata de una historia de Boccaccio. El caso sucedió en Londres y la paciente tuvo que ser tratada con haloperidol y risperidona, dos medicamentos antipsicóticos. Esto es consecuencia de lo que el coronavirus puede hacerle al cerebro de algunas de las personas que infecta (*El País*).

Por si esto último no abonara al tormento chino pandémico, el miedo, esa ave de mal agüero, extendió su canto ponzoñoso no sólo por los aires, también por los sueños. El confinamiento provocó pesadillas en las que las inundaciones, los terremotos, la destrucción y las pérdidas, o los

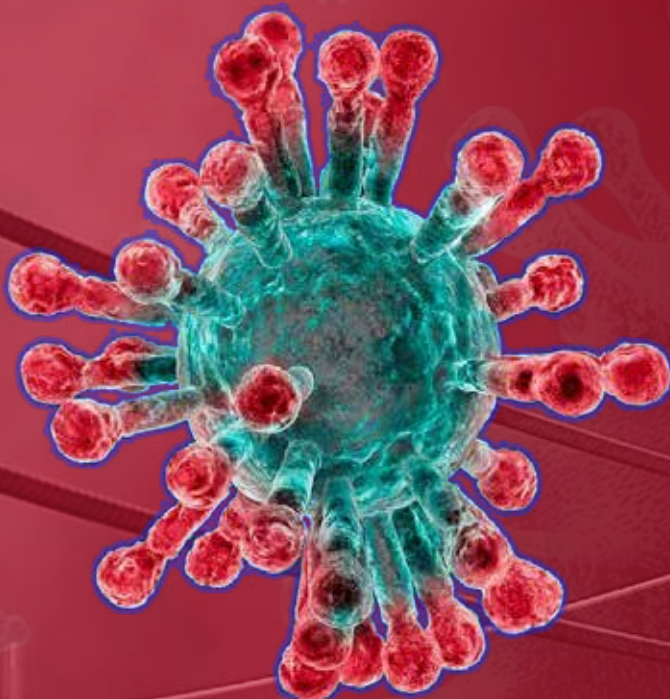
ataques de zombies, personajes siniestros y toda clase de rarezas, inundaron el inconsciente de los durmientes. Las persecuciones, ataques y muerte, fueron la película onírica de los reclusos. Los sueños más perturbadores revelan el horror de la actualidad. Hace unas noches soñé que me encarcelaban, que las celdas eran amplias y con muchas camas, que las personas que las ocupaban —y que no tenían rostro— eran una presencia brumosa, una especie de acuarela triste. Me levanté incómodo, asustado. Siglos atrás, durante el II d. C., la oniromancia tuvo en Artemidoro de Daldis a un descifrador de los sueños. Este estudioso aseguraba que los sueños pueden ser personales, ajenos, comunes o públicos. Ahora, durante esta pandemia, parece que los sueños más insólitos y extravagantes son una alegoría del Apocalipsis. El miedo ante la muerte nos deja episodios nocturnos en los que la enfermedad es un torrente de zozobra, un animal misterioso que, como en el cuento de Horacio Quiroga, nos aguarda escondido entre nuestra almohada.

Índice

- 5 SENTARSE EN EL AVIÓN XX-8888
 Erika Selene Pérez Vázquez
- 11 AL OTRO LADO DE LA TRISTEZA
 Angélica Santa Olaya
- 17 ¿NO OYES LA PUERTA?
 Brayan Etiane Aranda González
- 21 EL MIEDO
 Héctor Ríos González



Cultura Viva enCASA



UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

Cultura
UACM


PUBLICACIONES